

Pero yo tenía que decir algo y a lo mejor no lo dije. Y temo que alguien diga: "¡Gárrulo Casanova que aburrías... Y guardo silencio."

Enrique GONZÁLEZ CASANOVA.

*Suplemento Novedades*, México,

Noviembre 9 de 1952.

*México Ahora*

#### INTRODUCCIÓN A LA POESÍA DE REYES

El que conoce bien a Alfonso Reyes, lo califica de ensayista y poeta. Así lo hace EL NACIONAL, en el "Suplemento" que publica trozos de su versión de *La Iliada* —por cierto, de equilibrada y honda inspiración. Aparece del brazo del poeta, el extraordinario hombre de letras que es Alfonso. Junto al traslado, aparece la explicación del poeta. Casi diríamos que es parte de su credo de artista. Aunque refiriéndose a un traslado, a poesía que es ajena, un pensamiento semejante domina toda su obra poética. Siempre cuida del vocablo exacto. No deja oscuro ningún concepto ni expresión alguna. Hace resaltar el valor estético de frases o de versos. No abusa de adjetivos superabundantes. Como observa, "La fidelidad ha de ser de obra y no de palabra". Obediente a su misión específica de hombre de letras, no se deja llevar de una versificación fácil. Tampoco permite aparente inspiración oropelesca. Escribe lo que le dicta su "aestrus" —mas después de un examen cuidadoso. Casi estoy por decir, de reprimirlo. No por nada es esencialmente un clásico. Por algo exclamó García Lorca: "Lo que más me impresiona de su poesía es el señorío sobre las palabras, el proceder como un señor o amo de las palabras".

Porque Alfonso Reyes es sobre todo artista literario. Lo es en poesía, lo es en la prosa. Lo mismo en un ensayo filosófico. Igual en cualquier cuento o narración. Y también en la crítica. En suma: el sentido de la arquitectura artística y de la belleza en la expresión, podemos decir que son sus musas —la frase y el conjunto.

Como observaba, Alfonso Reyes corresponde más bien al tono clásico. Es peligroso hablar de lo clásico y de lo romántico. Quizás sea un lugar común. Pero no hallo otra forma mejor para definir la obra de Reyes, en particular su poesía. Insisto, pues, en que está dentro del tono clásico. Nunca ha permitido que el fraude



sentimental, en sus versos, esconda las imperfecciones técnicas. Gide ha dicho: "Poned bien la casa, que ya llegarán los inquilinos". Es una brillante paradoja. Acaso yerra por dar más importancia a la forma que al fondo. Pero no hay que olvidar que quienes hablan del fondo, como si fuera todo, se olvidan de que el universo humano está hecho de cosas incorporadas, que poseen forma. Lo cierto es que quienes así opinan lo hacen más bien por pereza—¿negligencia, ignorancia? Hacen pensar en la "boutade" de Eca de Queiroz: "Hay que hablar las lenguas extranjeras patrióticamente mal"— que es una excusa a la pereza, a la falsa comodidad o a la absurda xenofobia. Alfonso Reyes concede alta importancia a la integración de fondo y forma.

Cierto día, me obsequió este relato, que ayuda a entender el problema: "Cuentan que un pintor oriental representó un bosque en un muro, y se perdió en el bosque: era un romántico. El clásico domina su obra desde arriba, como un director de parques: es un verdadero creador trascendente".

El mismo Alfonso, creo que recordando a Cocteau, ha dicho que, entre el poeta y el poema, se entabla una lucha a muerte y uno de los dos tiene que matar al otro. Ha dicho también que, conforme se adelanta en la realización de una obra literaria, se le van cortando los hilos que la atan a su autor, hasta que el globo vuela solo en el espacio.

Charlábamos en su casa, cuando llegó Joaquín Díez-Canedo con el primer ejemplar de OBRA POÉTICA DE ALFONSO REYES. ¡Cuánto le hubiera gustado a Enrique, el nunca olvidado padre de Joaquín, conocer esta compilación! Y más aun que su hijo hubiera cooperado a realizarla. Enrique Díez-Canedo que solía decir: "¡Cómo no me voy a considerar mexicano también y sentirme en mi tierra si muchos de mis mejores amigos han sido mexicanos: Francisco A. de Icaza, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, Eduardo Iturbide, Jenaro Estrada, Julio Torri... y si en México rehicimos nuestro hogar y se han establecido nuestros hijos!"

Empezamos a repasar el libro. La excelente Manuela, esa amorosa Madre Tierra en que se ha sostenido firme Alfonso, recitó conmovida. La acogedora biblioteca se llenó de fantasmas bienamados, desde el rubio coronel, "León Colorado", hasta la arrebatada Ifigenia... Vinieron a mi mente las palabras que Pedro Henríquez Ureña, la nunca ausente sombra nuestra, nos dijo a Cosío Villegas y a mí, al cambiar impresiones sobre PAUSA: "¡No lo conocen bien! Alfonso Reyes es sobre todo un poeta..."

Pero sigamos el ejemplo de Alfonso. No dejemos volar nuestro entusiasmo. No sigamos adelantando juicios ni conceptos. Recordemos que este artículo es sólo INTRODUCCIÓN. Vayamos nuevamente al libro nuevo. Repasemos el índice abundoso, evaquemos la bella y ejemplar obra de Reyes. Enterémosnos de la razón de esta antología que "lo amedrenta".

La escribe para "releerse lápiz en mano, suerte de repaso con asomos de contrición, a objeto de poner en orden mis papeles". Lo movieron estas razones: El recoger las poesías que por algún modo le interesan, organizando el conjunto de manera más comprensible que hasta ahora. El sustituir las ediciones anteriores, de difícil acceso. El rectificar errores que afean algunos de sus tomos— de los que Reyes no fué en modo alguno responsable. El restablecer, en lo posible, los lugares y fechas de cada poesía que andan equivocados en otros libros. El ofrecer textos definitivos. El intentar una primera selección, y el incorporar al material ya publicado, que aquí reúne, las poesías inéditas que de años atrás venían acumulándose.

—¡Numerosos sus libros de poesía! Desde *Huellas*, algunos versos de 1906 del cual un común amigo exclamó: "¡Es un libro de erratas con uno que otro verso!", hasta el *Adiós* a Enrique González Martínez, de 1952 el ¡Largo camino, hermoso y amplio el recorrido sin par!

Tras *Huellas* vino *Ifigenia Cruel*, quizás su obra maestra en poesía. La editó Calleja, en 1924. Y luego *Pausa*, fruto de su estada en París, con muchas reminiscencias madrileñas. De España nos



mandó, un poco antes, sus deliciosos *Cartones de Madrid*. Luego los 5 *Casi Sonetos*; los delicados y nítidos *Romances del Río de Enero*, donde se halla parte de la más transparente obra de Reyes. Esa sentida plaqueta que es *A la Memoria de Ricardo Güiraldes*, cuya muerte encontró a Reyes en Río de Janeiro. Vienen después evocaciones de la patria y buscados ausentes: *Golfo de México*, *Yerbas de Tarahumara*, *Minuta*, *Infancia*. Todo esto, desde Buenos Aires. Allí también la dolorida *Cantata en la Tumba de Federico García Lorca*. Viene a México. Nos regala *Villa de Unión*, con el conmovido recuerdo de su padre, de su León Colorado. Luego, *Algunos Poemas*, "Romances y Afines", esa colección tan delicada que es *La Vega* y *El Soto*; el deleitoso e inspirado *Homero en Cuernavaca*, coetáneo de sus traslados del gigante; y, por fin, la obra maestra que es la *Jornada en Sonetos*...

¿Lograré examinarlos todos? Procuraré hablar de ellos en un breve y cuidadoso repaso.

Xavier ICAZA.

*Novedades*, Noviembre 18 de 1952.

## LA X EN LA FRENTE

EL MOMENTO histórico que vivimos es propicio para encontrar lo universal por lo particular. Comprendemos al Hombre desde el hombre que somos o queremos ser. Todos y cada uno de nosotros —cualesquiera que sea la disciplina que practiquemos— indagamos el sentido, la tentativa de nuestro *estar ahí* en tiempo y espacio determinados; nos preocupamos por nosotros mismos; somos nuestro propio problema. A tiempo que oteamos el pretérito, nos hundimos en el presente, estamos *presentes* ante nosotros mismos: nos convertimos en objeto y sujeto del mismo juicio. Tenemos conciencia de nuestra contingencia, de todo lo que ésta lleva implícita.

México, lo mexicano y el mexicano eran, hasta hace poco, temas que hacían brotar sangre; estaban vedados a la *gente decente*; los *indecentes* —antítesis obligada—, nos ofrecían conceptos epidérmicos, fragmentarios y aun falsos: México, la cornucopia de la abundancia; lo mexicano, el sarape de Saltillo y el sombrero de palma de anchas alas; el mexicano, la bravura indolente que se pasea impune entre el burdel y la cantina.

Hoy, en la infancia de estos estudios, emulamos la precoz contundencia, el certero golpe del niño que hace saltar en pedazos el orondo cántaro guarecido bajo disfraz tierno. Apenas iniciamos el recuento de lo que nos depara la nacionalidad intacta: minucias y cosas mayores.

Alfonso Reyes ha tenido, desde su iniciación en las letras, una profunda e inalterable conciencia de mexicanidad; los aires extranjeros, tan disímiles y prolongados, no empequeñecieron sino acrecentaron su nacionalidad. Y ésta es la prueba de fuego: salva o condena, une con la tierra o descasta.

Cuando estuvo de moda negar lo mexicano, él lo afirmó. Años más tarde —y la historia de las ideas oscila—, cuando el na-



cionalismo prendió hasta la ignominia, su voz recogió el agua superflua de la inundación volviéndola a su justo cauce.

En toda su producción se hayan presentes el conocimiento y comprensión de su pueblo y de su tierra —historia y geografía. Aun cuando trata los asuntos más universales —y por eso intemporales— convergen mente y palabra en un tema para él capital: lo americano y, dentro de éste, lo mexicano.

En *La X en la frente*\* agrupa páginas entresacadas de su copiosa bibliografía referentes a México y lo mexicano. Las páginas, parejas por las reflexiones que encierran, difícilmente se prestan para señalar cumbres; son, más bien, una alta y dilatada altiplanicie: la altiplanicie mexicana.

Sin embargo, y como mera apreciación personal, quiero señalar una nutrida porción del volumen dedicada a una incipiente y caballerosa Polémica con Héctor Pérez Martínez, "A vuelta de correo". La sincera y no del todo asentada opinión del Pérez Martínez juvenil sobre el ejercicio intelectual de Alfonso Reyes, obtuvo de éste, como defensa, una mesurada y profunda explicación de su vida y obra en la que demuestra que no son sinónimos universal y descastado; que lo universal y lo nacional no se contraponen, sino que, antes bien, se complementan; que el excesivo ensimismamiento en lo propio, aparte de las virtudes que encierra, es nocivo: origina en el hombre una escuálida configuración frente a los demás, recrudece nuestros complejos provenientes del arribo tardío a la mesa servida de la cultura.

En mi concepto, aquí se resume la trascendencia del libro: fijar los límites elásticos, la intercomunicación que existe entre nación y universo, entre nacionalismo y universalismo. "¿De modo que por ser mexicano —inquiere— tengo que desatenderme de lo demás?" Esta pregunta tiene solución, el problema bien planteado

\* Alfonso Reyes, *La x en la frente*. México y lo Mexicano, 1. Porrúa y Obregón, S. A. México, 1952.

no es tal. Más adelante lo confirma: "En la formación de los hombres —hasta donde sea filosóficamente posible— debe entrar la mayor proporción de savia nacional que destila la historia. Y que después, a través de esa formación, pase en buenahora las corrientes universales, las cuales no podrían ser *descastadoras*".

Lo anterior, dicho en una hora en la que el nacionalismo tiende a exacerbarse, marca la regresión a la sensatez y a la interpretación ecuaníme de este concepto. La evasión es cobardía, y si nuestra propensión de antaño a evadirnos lo fue, es también cobardía ignorar, por inferioridad o patriotería, lo universal, con lo que estamos íntimamente ligados.

*La x en la frente*, en su brevedad, no profundiza, simplemente señala. Estudia lo mexicano no hacia adentro —aunque contiene bosquejos magníficos— sino, más bien, hacia afuera; lo mexicano por comparación, por proyección de lo extraño frente a lo nuestro.

Emmanuel CARBALLO.

*Odiseo*, No. 1, Guadalajara,  
septiembre de 1952.